

EL ARTE DE ENSEÑAR

Humberto Pérez Pancorbo

El arte de las artes es formar al hombre, el más versátil y el más difícil de los animales.

—San Gregorio Nacianceno

La educación es una ciencia, pero para enseñar se requieren algunas cualidades del artista; enseñar es a la vez, una ciencia y un arte. Por eso, el educador que desee triunfar en su profesión tendrá que concebirla también como un arte, e imponerse la misma disciplina y actitud que se impone el buen artista. A continuación señalaremos cinco características del verdadero artista, que también requiere el educador que desee realizarse profesionalmente.

1. El artista domina la teoría y las técnicas de su arte.

Si ejecuta un instrumento musical, conoce a fondo los acordes, la armonía, la estructura, el estilo, origen y el autor de la obra que interpreta. También domina la ejecución de escalas y arpeggios, las diversas posiciones digitales, la respiración y la posición del cuerpo. Si es pintor, domina alguna técnica, como el óleo, la acuarela, el dibujo, y elementos como la perspectiva, la proporción, los contrastes, la luz, la textura y la armonía de colores. Además, conoce muy bien las características de su estilo o de su escuela (realismo, cubismo, surrealismo, etc.) y está bien familiarizado con las grandes obras y maestros de la pintura. Si es actor, conoce con profundidad el sentido de la tragedia, la comedia, la denuncia social; emplea con propiedad la voz, los gestos, el silencio, el cuerpo, las luces, los vestuarios. Se familiariza con los grandes dramaturgos, con las mejores obras teatrales, con el estado

actual de su arte y con los actores de su época y de su medio.

De igual forma, el educador debe conocer los fundamentos históricos, filosóficos, psicológicos y sociales de su profesión y técnicas tales como la evaluación, la motivación, el uso de ayudas audiovisuales, estrategias de aprendizaje, la técnica del trabajo en grupo, y poseer el dominio de la asignatura que imparte. También debe conocer las teorías y las obras pedagógicas más destacadas. Esto se adquiere estudiando, practicando y evaluando constantemente, como lo hace el verdadero artista.

2. El artista es un enamorado de su arte.

A él le dedica sus recursos, su tiempo y su talento. Siente que el arte es su vocación y que no hay otra carrera en la cual pudiera ser más feliz. Goza ejecutando o presentando sus obras ante el público, o creando o practicando en su taller o en su estudio.

El verdadero maestro también ama su profesión. Reconoce su importancia. Considera que tiene talento para enseñar y se siente feliz en su trabajo, enseñando, investigando, preparando sus lecciones, conviviendo con sus alumnos y demostrando lo que están aprendiendo. Se siente orgulloso de ser educador.

3. El artista conoce bien el material con que trabaja.

El músico es conocedor experimentado de las cualidades y posibilidades de su instrumento y de los acordes y armonías que usa; el escultor, de la resistencia y la fragilidad de la piedra, de los metales o de las maderas que trabaja; el bailarín, del sentimiento que transmiten los movimientos a los ritmos que emplee.

El educador-artista debe conocer con igual integridad el material con que trabaja: el niño, el adolescente o el adulto. Debe conocer no sólo sus características físicas y psicológicas, sino también las cualidades particulares de cada alumno: su trasfondo socio-económico, sus talentos, sus alegrías, sus temores, sus limitaciones y todos aquellos factores que intervienen en su aprendizaje. Sólo así podrá descubrir y perfeccionar sus mejores cualidades, como lo hace el joyero con el diamante bruto.

4. El artista es creativo.

Constantemente experimenta con medios y formas; no se limita a seguir las normas establecidas, sino que transforma, agrega, inventa, desarrolla y vuelca su personalidad y sus sentimientos sobre su obra, dándole así un carácter personal. Si Beethoven no se hubiera atrevido a romper tradiciones, no hubiera llevado la sinfonía hasta el punto al cual él la elevó. Si Debussy no hubiera experimentado con nuevas armonías, no existiría el impresionismo musical. Una misma sonata, interpretada por artistas diferentes, resulta una obra distinta, aunque cada una de las interpretaciones haya sido magistral, porque cada artista la impregna de sus sentimientos, de su entendimiento y de su personalidad.

De igual forma, el maestro-artista debe atreverse a romper tradiciones y conceptos establecidos y a impregnar su labor con su propio espíritu creativo. La educación es una de las disciplinas más atadas a la tradición y más limitada por prejuicios y por conceptos obsoletos. El educador-artista debe pensar en nuevas formas de educar, en nuevos planteamientos filosóficos y sociales, en nuevos métodos, en nuevas estructuras. Sólo así dejará de ser un servidor rutinario para convertirse en un creador, en un transformador, en un verdadero educador.

5. El artista busca la excelencia.

No se conforma con un nivel aceptable, o con sólo mejorar. Por eso, emplea muchas horas y es-

fuerzos buscando la perfección, y mientras más se acerca a ella, más la desea y se esfuerza por adquirirla. Leonardo de Vinci disectó treinta y cinco cadáveres para dibujar el cuerpo humano y trabajó intermitentemente por tres años buscando la expresión facial que logró en su Mona Lisa. El nivel de perfección que buscaba era tan alto que rehusó venderla por considerar que esa obra aún no estaba terminada. Arturo Rubinstein practicaba diez horas diarias durante sus años de apogeo y Beethoven plasmó ideas para su Novena Sinfonía por casi nueve años. El artista posee orgullo profesional; siente una responsabilidad muy seria consigo mismo, con el arte y con el público, el cual él sabe que no aceptará excusas por una mala presentación. El artista se fija siempre las metas más altas, y no se atreve a presentar una obra que considere mediocre; se esfuerza por lograr una obra o una ejecución magistral —digna de un maestro. Se propone crear o ejecutar una obra perfecta, para la cual utiliza la organización, la originalidad, la técnica, la inspiración y el esfuerzo, factores que debidamente integrados, producen belleza y calidad, y consecuentemente, el valor permanente de una obra de arte.

El educador-artista, quien trabaja con seres humanos, no puede conformarse con niveles de perfección inferiores a los que se fija un artista, ni con una disciplina de trabajo menos exigente. No puede permitirse un trabajo mediocre, ni tener menos orgullo profesional. Por eso aceptará retos que demanden gran esfuerzo, capacidad y creatividad; que requieran más organización, una definición clara de los fines que se desean lograr y un mayor dominio de las técnicas de enseñanza. Intentará proyectos tales como preparar y dar una clase que motive a sus estudiantes a profundizar más sobre el tema; lograr el éxito de un alumno con problemas de aprendizaje; diseñar y realizar un programa de más valor formativo que informativo; lograr los fines de la educación; organizar actividades académico-culturales que impacten la vida de los estudiantes; desarrollar un tema integrando varias disciplinas; e intentar el logro de la perfección en alguna actividad estudiantil. Para lograr cualquiera de estos fines, se requerirá una planificación y ejecución cuidadosas, y el empleo de técnicas novedosas y efectivas. El educador-artista se esforzará por encontrar los medios de promover un verdadero aprendizaje, de descubrir y explotar los talentos de sus alumnos, y de orientar sus acciones.

Existe una gran diferencia entre un aficionado al arte y un artista, al igual que entre un aficionado a la educación y un educador. No es lo mismo

conocer la ciencia pedagógica que dominar el arte de enseñar. Se puede saber mucha pedagogía y sin embargo, no saber educar, porque la educación es también un arte. El siguiente poema refleja el pensamiento de un educador artista.

ME ENCANTA ENSEÑAR

Desearía poder comunicarle a un extraño el placer que siento al enseñar. Prefiero ganarme la vida enseñando que de cualquier otra forma. Para mí, el enseñar no es solamente una tarea, una profesión, una ocupación, una lucha o una pasión. Yo disfruto la enseñanza. Me encanta enseñar como a un pintor le encanta pintar, como a un músico le encanta tocar, como a un cantante le gusta cantar y a un atleta participar en una carrera.

La enseñanza es un arte –un arte tan grande y tan difícil– que para poder dominarlo, un hombre le podría dedicar toda su vida, sin poder lograr más que reconocer sus propias limitaciones y fallas, y la distancia que lo separa del ideal.

Sin embargo, la meta principal de mi vida ha sido llegar a ser un buen maestro, así como todo arquitecto quiere ser un buen arquitecto y cada poeta lucha por la perfección.

–William Lyon Phelps
(Traducción de H. Pérez P.)